

que la situación estaba perdida. No creía, ó mejor dicho, no quería creer que el general Márquez había sido derrotado yendo en auxilio de Puebla, que estaba sitiado él también en México, y que no teníamos ya probabilidad alguna de ser auxiliados. Resolvió, pues, perecer con gloria, pero después de haber, por lo ménos, no desperdiciado medio alguno para salvar el mayor número posible de sus servidores, y eso prontamente, porque el hambre era imposible de soportar por más tiempo.

Se le habló de capitular. Mandó poner preso al que se atrevió á hacer indicaciones á este respecto. El Emperador prefería la muerte á la humillación de caer vivo en manos de los generales de Juárez.

El general Mejía ofreció al Emperador facilitar una salida proyectada, levantando y armando rápidamente á los hombres del pueblo, que á sus órdenes defenderían una parte de nuestros puntos fortificados, mientras que el Emperador y los demás generales harían, con las tropas que quedarían disponibles, una vigorosa y última tentativa.

Esta proposición fué aceptada en el acto por el Emperador; pero á pesar de su inmensa influencia sobre la población, el general Mejía no pudo reunir más que algunos centenares de hombres. El desaliento era demasiado grande. Se perdieron tres días.

Vivamente contrariado por este retardo, y dudando cada vez ménos de la derrota sufrida por el general Márquez, el Emperador resolvió intentar una salida general á pesar de todo, y confió á Miramón la misión de escoger el punto más propicio á su objeto en atención á los pocos elementos que quedaban.

El 14 de Mayo el Emperador reunió en un consejo de guerra á los generales Miramón, Mejía, Castillo y Arellano. Se discutió y se resolvió la salida. Solo Miramón sabía cuál era

el punto por donde habíamos de partir, y debía, conforme lo deseaba, abandonar la plaza el último.

VIII

Causas de la traición del coronel López.—La noche del 14 al 15 de Mayo.—Traición del coronel López.—Incidentes extraños.—¡Prisionero!—Los republicanos, conducidos por López, penetran silenciosamente en el convento de la Cruz.—Me llevan á Pateo.

En los momentos de peligro que preceden de cerca la caída de una monarquía, como cuando el naufragio de un buque, el egoísmo, el interés privado y el espíritu de conservación hacen nacer muy pronto la desobediencia y después la defección. Muchos buscan la salvación, que desesperan de encontrar en esfuerzos colectivos, por medio de esfuerzos particulares, sacrificando, si necesario es, á sus compañeros y á sus jefes.

Tal fué el verdadero origen de esas traiciones que precedieron á los cien días, y cuya vergüenza trataron de hacerse perdonar sus autores después del desembarco de Napoleón en Cannes para renovarlas de una manera más indigna aún después de Waterloo.

Era, pues, natural que el Emperador Maximiliano encontrase algún traidor en una situación tan desesperada como la nuestra. En efecto, hubo un miserable que empañó la gloria adquirida por sus compañeros á costa de tantos sacrificios y sufrimientos.

Este miserable, universalmente conocido, es el coronel López, protegido del Emperador, y cuya ingratitud é infamia no deben resaltar sobre ninguno de los defensores de Querétaro. El coronel López había entrado en relaciones con el enemigo

en los últimos días del sitio. Informaba á los republicanos de todas las resoluciones tomadas por el Soberano, y combinaba, con sus gefes, los medios de entregar la plaza.

¿Por qué razones?

Son fáciles de adivinar.

Con su vieja experiencia, López calculó la suerte de la plaza; se vió entónces en poder de un enemigo que le haría pagar con el último suplicio los servicios prestados á la Intervencion francesa y las ejecuciones que habia hecho de los republicanos caidos en su poder. Su espíritu limitado, su corazon sin nobleza, no le permitieron contemplar á sangre fria una muerte próxima, y sacrificarse como lo hicieron Miramon, Mejía y Mendez. No habria podido soportar, durante diez y ocho días, la expectativa incesante de una ejecucion, espada de Damocles de nueva especie que se suspendió encima de la cabeza del viejo general Castillo, ni desplegar una audacia increíble y una inteligencia sobrehumana, como el general Arellano, para escapar varias veces al fusilamiento. Traicionando, López salvaba la vida y adquiria oro.

Ademas, debia alimentar un profundo rencor contra muchos de nuestros gefes, que en el momento en que iba á ser nombrado general de brigada habian enviado respetuosamente al general Mendez á ver al Emperador, para manifestarle al Soberano que López era indigno de su proteccion, y que este nombramiento produciria un efecto desastroso entre los que esperaban ver restablecido el prestigio del ejército.

López resolvió, pues, entregar la plaza ántes de que pudiese efectuarse la salida proyectada por el Emperador.

En el jardin de la Cruz, entre el cementerio y el convento, se elevaban algunas plataformas guarnecidas de artillería; tenían al frente á Pateo, y sus troneras se hallaban á corta distancia de las avanzadas enemigas.

López mandó retirar de una de ellas un peloton de la guardia municipal de México que la guarnecía, para colocar en su lugar una tropa irregular de exploradores mandados por un tal Yablouski, su hombre de confianza; y al mismo tiempo ordenó al subteniente Domet, de la guardia municipal, que alejase sus hombres en direccion del cementerio, porque bastaban los exploradores desmontados de Yablouski para defender la plataforma.

A la observacion de Domet, que en su celo queria mandar subir á aquella plataforma, ya ocupada por los hombres de Yablouski, un obús sin artilleros que se hallaba allí provisionalmente bajo su custodia, López contestó que era inútil.

Este pequeño incidente, en el que desde luego fijé poco la atencion, me vino muchas veces á la memoria despues de nuestra catástrofe.

La tarde del 14 de Mayo, el comandante Salgado fué á verme, y tomándome aparte me dijo que se preparaba un movimiento importante. La Cruz, agregó, iba á ser atacada seguramente ántes de la aurora del siguiente dia, y como debia tomar él parte en una salida con dos secciones, me dejaba el mando de las dos piezas que quedaban en la huerta. Me hizo ofrecerle que impediria que artillero ó infante alguno abandonase su puesto en caso de asalto; en una palabra, me dirigió hábilmente con ese motivo todas las palabras que despertan el sentimiento del deber, el punto de honor, el amor propio y la ambicion.

Mi nuevo asistente, muchacho despierto, llegó mas tarde trayéndome algunas tortillas que se habia procurado con mucha dificultad y que yo devoré ávidamente. Me contó lo que habia visto en la ciudad: el hambre, la desolacion general y señales precursoras de un movimiento importante.

En la plaza de la Cruz habia reunidas cierto número de

piezas listas para marchar en cuanto las fuerzas debilitadas de las mulas lo permitieran.

Algunos escuadrones reducidos y el regimiento de dragones de la Emperatriz ensillaban sus caballos. Este regimiento se habia puesto su uniforme de gala: me contó otra multitud de detalles que acabaron de persuadirme de que iba á efectuarse la evacuacion.

Deseoso de estar listo para todo evento, pensé en tomar un poco de descanso y me acosté al lado de mi pieza, envolviéndome en mis sarapes, no sin preocuparme el dia siguiente.

Confieso que sentí se me oprimia el corazon fuertemente cuando pensaba en las consecuencias funestas de los acontecimientos que iban á producirse.

Entónces comprendí que si el comandante me habia dejado con una seccion para defender aquel cementerio, al que le tenia yo horror, era porque mirándome como el mas jóven y mas inexperto de sus oficiales, me consideraba tambien como el ménos útil para sus operaciones futuras.

Si la salida se efectúa, pensé, el bravo capitán Núñez, mis camaradas Guerra, Correa, y todos esos artilleros que quiero, sucumbirán ó se alejarán, miéntras que yo permaneceré clavado en mi puesto. Entónces, ¿qué será de mí en medio de ese tumulto? Porque los republicanos, adivinando el objeto de nuestra salida, atacarán por todas partes á un tiempo y penetrarán en la ciudad ántes de que la hayamos dejado. La artillería y la infantería, pero la artillería primero, sacrificadas á la salvacion comun, caerán en poder de los republicanos. El fusilamiento, si no muere uno inmediatamente: hé ahí lo que se nos espera.

Recordé las ejecuciones de San Jacinto, de que he hablado, y las de Uruapan en nuestra provincia, donde el coronel Lémus y sus oficiales dispusieron de cinco minutos para escribir á

sus familias; Pátzcuaro, donde todos los oficiales de la guarnicion cogidos vivos, fueron fusilados, entre otros un bravo teniente de mi batería, Santillan, arrancado moribundo de la cureña de una de sus piezas, arrastrado contra una pared y fusilado por detrás.

Pensé en Morelia, que se ofrecia á mi memoria como una ciudad encantadora.

¿Volveré á ver Francia? Paris? Paris, esa maravilla cuyo solo nombre hace palpitar el corazon de los que la conocen y viven léjos de ella.

Pero ese desaliento que confieso, como se ve, con franqueza, no duró mas que un instante y dejó lugar á otros sentimientos que solo pueden conocer los que han estado mezclados á esas guerras donde las pasiones políticas hacen el principal papel.

Como tantos otros, habia acabado por aborrecer á nuestros enemigos, yo, que cumpliendo con mi deber, habia logrado muchas veces arrancar á algunos de ellos á una ejecucion cierta.

Ese fanatismo político, hermano de la intolerancia religiosa, que yo criticaba al principio en un gran número de mis camaradas, y que ahogaba en ellos la voz de la justicia y de la humanidad, acababa por apoderarse de mí poco á poco. El afecto que á ejemplo de todos le habia yo cobrado al Emperador, el espíritu de cuerpo, el militarismo, en una palabra, habian modificado considerablemente mis ideas.

A la sola idea de ver á los republicanos sacrificar al Emperador y á ese pequeño ejército que acababa de manifestar tanto valor y abnegacion, y cuya reorganizacion habia sido siempre mi sueño, comprendia yo cuántos sacrificios pueden engendrar la fé en una causa, la fidelidad á un noble soberano y el amor á la bandera.

Allí adiviné la desesperacion de los restos del grande ejér-

cito, convertido por sus enemigos en los bandidos del Loira; presentí la noble y orgullosa obstinación de los oficiales de las tropas reales españolas cayendo bajo la fusilería de los independientes hispano-americanos, gritando ¡viva el rey!

Instintivamente comprendí que la lucha iba á tener un desenlace fatal para nosotros, pero no podía admitir que fuésemos exterminados completamente sin poder ser socorridos por Márquez. Por otra parte, jamás, á las órdenes del general Mendez, había yo asistido á una derrota, y me encontraba en un punto fortificado donde el enemigo no podía penetrar sino afrontando el fuego de nuestros cañones. Estas circunstancias, unidas á la indiferencia del soldado, me hicieron esperar que en el caso en que los nuestros forzaran las líneas enemigas para ganar la capital ó las vecinas montañas, la Cruz podría todavía contener al enemigo y dar tiempo para que una coyuntura cualquiera se produjese.

El comandante de la guardia del cementerio fué á verme. Era un francés llamado Gontron, antiguo subteniente del cuerpo expedicionario, convertido en oficial aventurero al servicio del Emperador Maximiliano, y el último capitán que sobrevivía de la guardia municipal de México. También fué su subordinado el subteniente Domet. Hablamos los tres un poco, y se marcharon envidiando mi suerte, porque yo podía dormir, mientras que ellos, según la orden que acababan de recibir, debían ejercer la mayor vigilancia. Sobreponiéndose el cansancio á una hambre mal apaciguada, me dormí profundamente.

A las dos de la mañana el viejo sargento Guzman me despertó, como estaba convenido, para descansar un poco á su vez.

La noche estaba muy fresca, la oscuridad era profunda y el silencio completo.

Para vencer el sueño anduve por la plataforma para ver si

los centinelas no dormían. Después, viendo que no tardaría en aparecer el día, me senté en la cureña de una pieza de á 8, envuelto en mi sarape, y combatiendo una hambre que se hacía cada vez más sensible, esperé con impaciente emoción el momento de responder al fuego de nuestros adversarios, que estallaría ciertamente en toda la línea desde el principio de la salida.

De repente me pareció oír pasos rápidos que se dirigían hacia la plataforma. É inmediatamente el coronel López, á quien reconocí por su uniforme bordado de plata, se presentó frente á mí. Yo le saludé.

Él me dijo rápidamente, señalando la tropa que le seguía:

«Aquí está un refuerzo de infantería; despertad luego luego á vuestros artilleros; mandad retirar esta pieza de su tro-nera y oblicuadla á la izquierda, pero pronto.»

Pensando que había llegado el momento de la salida, desperté prontamente á los artilleros; pero el sargento Guzman, viejo, enfermo y abrumado de cansancio, no se levantó tan pronto como lo deseaba López, que sin duda quería ver la manera con que yo ejecutaba sus órdenes, y parecía estar muy de prisa. El coronel se exaltó contra Guzman y le llenó de injurias.

El pobre sargento, tan maltratado, se levantó aburrido.

López me reiteró entonces sus órdenes, en cuya rareza había motivo para sorprenderme, y partió precipitadamente.

Sin embargo, obedecí con puntualidad. Previendo que el enemigo iba á penetrar hacia la izquierda, como lo había indicado el coronel, mandé agregar un bote de metralla á la carga que se encontraba ya en la pieza, y dí yo mismo á esta la dirección requerida. Yo era presa de esa violenta emoción que produce la idea de un peligro invisible é inmediato.

El pelotón de infantería, mandado por un oficial y conducido por López, se formó detrás de la pieza.

Estando todo listo, quise ceñirme la espada y mandar alzar mis sarapes que habia dejado en el suelo para obedecer con mas prontitud. Advertí que habian desaparecido.

No dudando que los soldados del peloton de infantería fuesen los autores de esa desaparicion, reclamé á su oficial. Este me respondió vagamente, y me pareció poco comunicativo.

Me puse á observarle con cuidado. Me era desconócido, y el traje de los soldados me pareció muy descuidado. Sin embargo, pensé que aquella debia ser la 8ª ó 9ª compañía de uno de nuestros batallones; porque para reponer en lo posible las pérdidas, se habia compuesto las dos últimas compañías de cada cuerpo con reclutas de la ciudad, tráfugas y aun prisioneros del enemigo.

En eso un artillero se dirigió á mí, diciéndome:

—Mi teniente, me han cogido mi mosqueton.

—Y á mí tambien, replicó otro.

No comprendiendo nada de este modo de obrar, pregunté al oficial á qué cuerpo pertenecia.

Me respondió con aplomo, que formaba parte de la brigada Mendez.

A estas palabras redobló mi asombro, porque aun cuando habia formado parte mucho tiempo, como he dicho, de la brigada Mendez, y conocia á todos sus oficiales, no recordaba haber visto nunca á mi interlocutor.

Viendo que pasaba algo extraño, le supliqué me dijera la verdadera causa de su presencia en mi puesto.

Me contó que uno de los batallones que guarnecian la Cruz iba á sublevarse y á dejar penetrar al enemigo en la plaza, pero que, por fortuna, la conspiracion habia traspirado, y se mandaba relevar todos los puntos con su cuerpo.

Esta idea de una traicion en el interior me causó un temor vago. Traté de dudar de ella; pero juntando lo que el oficial

acababa de decirme con la visita precipitada del coronel López, comandante de nuestra línea, y de las idas y venidas que oia en el cementerio, acabé por creerlo.

Sin embargo, deseoso de ilustrarme sobre este punto, pregunté al oficial dónde se hallaba el coronel.

Me señaló el cementerio.

Resolví ir á hablar á López inmediatamente; pero en el momento de bajar de la plataforma, un centinela que yo no habia notado desde luego, me detuvo con un enérgico: *¡Alto ahí!*

Comprendiendo que el centinela tenia la consigna de no dejar bajar á nadie, me dirigí á su oficial á fin de obtener para mí la revocacion de esa orden.

El oficial eludió la respuesta.

Me puse furioso; viendo á un infante que tenia el mosqueton de uno de mis artilleros colgado del brazo, se le arranqué.

Este, cosa inaudita por parte de un soldado mexicano, cruzó la bayoneta contra mí, é iba á envasarme cuando, por fortuna, se lo impidió su oficial.

—Pero, pregunté con fuerza á este último, decidme por fin lo que aquí pasa.

—No temais, me repetia á cada momento; y añadió: la verdad es que formamos parte de la brigada del coronel Quiroga; llegamos de México con el general Márquez para libertar la plaza.

—Os burlais de mí, le contesté. En primer lugar, el coronel Quiroga dejó aquí su infantería, y luego, es imposible que entren tropas en la plaza sin ser sentidas y reconocidas por los sitiadores.

Al mismo tiempo me ocurrió una horrible sospecha.

—En medio de todas esas mentiras, dije al oficial, sospecho alguna traicion.

Sin embargo, el recuerdo de la presencia y de las palabras

del coronel López, que debía ser por reconocimiento y por interés el servidor mas fiel y mas adicto del Emperador, alejó mis sospechas, y casi me tranquilizó sobre la respuesta que debía dar.

Después de un momento de vacilación, me dijo el oficial:

—No temais nada, señor, estais entre soldados del ejército regular. No somos guerrilleros, pertenecemos al batallón de Supremos Poderes de la República.

Quedé aterrado; un frío glacial penetró hasta mi corazón; creía soñar.

Una ojeada me bastó para descubrir la verdad..... ¡el enemigo estaba allí, en la plaza; yo me hallaba ya en su poder, sin posibilidad alguna de dar aviso á la Cruz, sin esperanza de salvación, y desarmado!

Espantado de lo que iba á seguir, pregunté al sargento Guzman si era el coronel López quien había ido á darme órdenes un momento ántes. Temí haber sido víctima de una alucinación ó de una semejanza.

—Sí, mi teniente, me contestó Guzman; tengo motivos para acordarme bien, porque me ha tratado muy brutalmente.

—¡Pero entónces, traiciona! ¡va á entregar al Emperador!

—¿No lo estais viendo? replicó tristemente Guzman.

—De manera, pregunté al oficial republicano, que el coronel López es quien os ha introducido aquí.

—Ciertamente, me contestó sonriendo; pero os lo repito, no temais nada, somos del ejército regular. No se os hará mal; os habeis batido demasiado bien durante el sitio para no obtener miramientos de nuestros gefes.

Me volví hácia la Cruz, con la esperanza de ver brillar el relámpago de un cañonazo. Me esforcé en oír un ruido cualquiera que indicara la resistencia, un movimiento, una señal. Nada, nada!.....

La masa negra é imponente del convento se destacaba sola en la oscuridad, y el silencio mas completo reinaba por todas partes.

Yo era prisionero; los republicanos habían entrado en Querétaro.

Sin duda en aquel momento, gracias á la infame traición de López, sorprendían al Emperador en su celda, así como á nuestros gefes y á las tropas que dormían en el convento y los puestos adyacentes.

Era yo presa de una punzante emoción. Ví con desesperación que no podía hacer nada por salvarlos y salvarme á mí mismo.

Por un momento pensé en saltar de la plataforma al jardín, lanzarme hácia la Cruz, dirigiéndome del lado del hospital, llegar á una pieza y mandar disparar un cañonazo que diera el alerta. Pero la parte del vasto jardín que tenía yo que atravesar estaba llena de magueyes y de nopales con los que tropezaría al correr, lo que retardaría mi marcha; y por otra parte, apénas abajo, sufriría el fuego de los veinticinco ó treinta fusiles que se hallaban atrás de mí.

Viendo que era imposible la ejecución de mi proyecto, renuncié á él. Ignoraba que los republicanos habían recibido orden de no tirar hasta la última extremidad para no dar la alarma; que el general Velez y los comandantes de los batallones de Supremos Poderes, los de Nuevo Leon y sus oficiales, temiendo ser atraídos á un lazo, debían volar la tapa de los sesos á López al primer asomo de resistencia, á los primeros tiros que pudieran hacer abortar la sorpresa.

El oficial republicano, viéndome mirar del lado de la Cruz con tanta atención, adivinó una parte de mis pensamientos, porque me dijo:

—Todo el convento está ya en nuestro poder. A la hora de esta debe haber sido preso vuestro Emperador.

Yo estaba atónito; algunos segundos despues ví al capitan Gontron, de quien he hablado al principio de este capítulo, que se dirigia hácia mí solo y libre en apariencia.

—Venid, me dijo, vos que sabeis hablar el español mejor que yo, á preguntar á los morenillos que acaban de relevarme en el cementerio, por qué han desaparecido mi sable y mis frazadas. Yo creo que me los han robado..... ¿Quiénes son esos filibusteros que ha traído aquí el coronel López? Si no encuentro mi sable ántes de cinco minutos, le rompo la cara á su ganapan de comandante, que es completamente incivil.

El capitan Gontron me hablaba en frances atusándose su espeso bigote.

En cualquiera otra ocasion creo que me habria reido de buena gana; pero se comprenderá que en aquel momento no estaba dispuesto á hacerlo.

—Pero, capitan, exclamé, ¿no veis que somos prisionerós? el coronel López acaba de introducir al enemigo en la plaza; los soldados que estais viendo son del batallon de Supremos Poderes.

El capitan se quedó como petrificado; pero despues de un largo silencio dijo tristemente como por via de consuelo:

—¡A fé mia, tanto peor! Esto tenia que acabar de alguna manera.

En aquel momento un gefe republicano, seguido de algunos hombres, subió corriendo á nuestra plataforma, ordenó imperiosamente dirigir la pieza hácia la Cruz, hacerla servir provisionalmente por mis artilleros desarmados, amenazando á estos con fusilarlos si vacilaban, y en fin, que se nos condujera bien escoltados á Gontron y á mí ante el general Velez, que debia encontrarse en el interior de la Cruz.

Estas órdenes fueron puntualmente ejecutadas. Fuimos conducidos ante el general Velez.

Al llegar cerca del convento vimos que entraba á él un batallon republicano.

A cada momento esperábamos que comenzara á nuestro frente el fuego de fusilería. No sucedió así. El silencio era interrumpido solamente por el ruido sordo de la marcha del batallon enemigo, y por las voces de mando que daban á media voz sus oficiales.

Algunos soldados de la Guardia municipal, que llevaban raciones de vino Jerez que se habia recogido la víspera en todos los almacenes y expendios de la ciudad para distribuirle á las tropas, pasaron por delante de nosotros.

Reconocieron al capitan Gontron, y se quejaron con él de que los soldados entre quienes nos encontrábamos los habian atropellado al pasar, y sobre todo, habian bebido hasta saciarse en las marmitas que contenian las preciosas raciones reservadas para la Guardia municipal.

Nos costó trabajo hacer comprender á nuestros pobres soldados que se hallaban en poder del enemigo.

Los que nos escoltaban, no encontrando al general Velez, nos llevaron con el comandante del batallon de Nuevo Leon, quien dió órden de que se nos condujera inmediatamente á Pateo, abajo de la Cruz.

El dia comenzaba á despuntar.

Nos hicieron volver sobre nuestros pasos. Al volver al jardin de la Cruz encontramos al coronel de estado mayor Manuel Guzman, que acababa de ser hecho prisionero en aquel momento yendo á visitar nuestros puntos. Fué confiado tambien á nuestra escolta.

—¿Pero qué pasa? me preguntó el coronel Guzman con emocion.

Le conté en pocas palabras la infamia del coronel López.

—Es imposible, me dijo palideciendo; eso que me contais es imposible.

Nos hicieron subir á los tres á la plataforma, ocupada una hora ántes por la pequeña fuerza del miserable Yablousky, el amigo de López, y despues pasar al otro lado saltando sobre adobes dispuestos de prisa en forma de escalera.

Comprendimos inmediatamente que el enemigo habia penetrado por allí.

Algunos minutos despues nos hallábamnos entre los sitiadores. Fuimos colocados entre dos largas filas de bayonetas, establecidas como si se esperase recibir otros muchos prisioneros.

IX

Toma del convento de la Cruz.—El Emperador escapa de los republicanos.—Escenas extrañas.—El Emperador se dirige al Cerro de las Campanas.—El Emperador y el general Castillo.— Llegado ante el palacio departamental, el Emperador envia la orden de reunir todas las tropas que le quedan.—López introduce á los republicanos al convento de San Francisco y desarma á los húsares y á la escolta del Emperador.—Audacia de López.—El general Miramon es herido tratando de reunirse con el Emperador.—El general Mejía llega al Cerro de las Campanas.—Confusion.—Pánico.—Aspecto del Cerro de las Campanas.—El Emperador se inquieta por la suerte de Miramon.— Toda la artillería republicana concentra sus fuegos sobre el Cerro de las Campanas.— La posicion se hace insostenible.— Los dragones de la Emperatriz.— El Emperador envia un parlamentario á Escobedo.— ¡ La bandera blanca! — El Emperador se rinde.— Todo se ha perdido, menos el honor! — Los generales Mendez y Arellano.—Comienzan los fusilamientos.

Veamos ahora lo que pasaba en el interior de la plaza.

Una vez sorprendidos la Cruz y el cementerio como llevo referido, los republicanos se apresuraban á tomar posesion de todo el edificio, lo que les era muy fácil yendo guiados por López, protegidos por la autoridad de este último, por el sueño de todos y por la oscuridad de la noche.

El coronel disidente Rincon Gallardo ocupaba con su fuerza las alturas del convento, las escaleras, los patios y todas las salidas, desarmando, ántes de que despertaran completamente, á la gendarmería, á la compañía de ingenieros, al batallon del Emperador y á los voluntarios de Querétaro.

Los republicanos se echaban despues sin ruido sobre la artillería formada en la plaza de la Cruz, y que esperaba el momento de ponerse en marcha para la salida del siguiente dia. Se apoderaban tambien de la flecha que defendia la izquierda de la Cruz, de la iglesia contigua, de los trabajos de la derecha, del hospital, de los almacenes y del parque de artillería, que se encontraban tambien de aquel lado.

La pequeña reserva, compuesta de una parte del 3º de línea, que descansaba en el patio de entrada y en los corredores del hospital, fué desarmada y hecha prisionera con la facilidad que se encuentra en todos los detalles de esta sorpresa, gracias al coronel López, que guiaba á los republicanos y daba las órdenes necesarias para prevenir ó impedir toda resistencia.

Como nadie sospechaba ni comprendia lo que pasaba, no se disparó un solo tiro, ni se dió un grito de alarma, miéntras que el cuartel general y sus anexos caian en poder del enemigo, en medio de una calma fantástica.

La posesion de la Cruz, punto dominante y clave de la plaza, traia consigo la caida de Querétaro. Los republicanos se ocuparon, pues, luego que apareció la aurora, en terminar la ocupacion tan fácilmente comenzada.

En el momento en que los sitiadores tomaban la Cruz, Yablousky, el único cómplice de López, y despues el mismo López, corrian á dar la alarma al Emperador y al general Castillo, haciéndolos despertar con la espantosa noticia de que el enemigo entraba á la Cruz y se habia apoderado ya por la fuerza del cementerio, noticia falsa dada á sabiendas, puesto